

persignó, declarando con esto que solo merecia adoracion su esposo crucificado. Airado el gobernador la hizo conducir á viva fuerza á un lugar de prostitucion. Mas puesta la virgen en aquel lugar infame, nadie tuvo el atrevimiento ni aun de mirarla con ojo impúdico. Un solo jóven temerario, y este dice un escritor que fué Procopio, tuvo la desfachatez de insultarla; mas, como escribe el P. Orsi, el desdichado probó el efecto de aquel zelo con que el esposo de las vírgenes vela en defensa de las palomas que le están consagradas, pues en aquel mismo momento lanzó un rayo del cielo que cegó al impúdico, y le hizo caer casi muerto en medio de la plaza. Y mientras sus amigos procuraban darle algun consuelo y le lloraban casi por muerto, rogaron á la virgen que orase por él; y es fama, que habiendo Inés hecho la oracion, fué restituida al jóven la vida y el uso perdido de los ojos.

5. El gobernador atónito por tantos prodigios, estaba inclinado á librar la virgen de todo otro sufrimiento; mas los sacerdotes de los ídolos, diciendo á grandes gritos que todo aquello no eran mas que sortilegios y mágia, movieron é instigaron al pueblo á que pidiese la muerte de Inés, como de una maga; por manera que el gobernador, temiendo una sedicion, si la libaba, suspendió la intencion de libertarla; pero no teniendo de otra parte ánimo de condenarla á muerte, remitió el juicio de aquella causa á Aspasio su lugarteniente, y este, forzado por el pueblo, la condenó á ser quemada viva. Al punto quedó erigida la pira y colocada en ella la Santa, se encendió el fuego; pero las llamas la respetaron, pues dividiéndose en dos partes, y dando la muerte á muchos idólatras que allí concur-

rieron, dejaron la Santa sin lesion alguna. Los sacerdotes y el pueblo siguieron gritando que todo era obra del demonio, y obligaron al lugarteniente á mandar á un verdugo que degollase á la virgen sobre la misma hoguera. El verdugo, como escribe S. Ambrosio, pálido de horror por tal ejecucion, estaba vacilando en dar el golpe, mas la Santa le alentó diciendo: — Destruye presto este mi cuerpo que ha dado motivo de complacencia á otros, con ofensa de mi esposo divino. No temas darme una muerte que será para mí principio de una vida eterna. — Y levantando al cielo los ojos rogó á Jesucristo que recibiese en paz su alma bendita, y así la tierna y dichosa virgen, al recibir el golpe, fué á recibir en el cielo la palma del martirio. En tiempo de Constantino se fabricó una iglesia en honor de santa Inés, cuya fiesta celebra dos veces al año la santa Iglesia, á 21 de enero por la muerte que sufrió en la tierra, y á 28 del mismo mes por la corona que recibió en el cielo.

§ XXXVIII.

S. SIMEON OBISPO DE SELEUCIA.

1. Consta de las historias eclesiásticas que en la Persia se predicó la fé de Jesucristo por los mismos Apóstoles; por lo cual en tiempo del emperador Sapor, sobre la mitad del cuarto siglo, habia en aquel reino gran número de cristianos. Sumamente afligidos por esto los magos, que eran los sacerdotes de la religion persiana, habian mil veces intentado que se prohibiese la religion de Jesucristo. Pero en tiempo de Sapor,

mancomunados los judíos con los magos, indujeron al emperador á perseguir á los fieles. Vivía entonces Simeon, hombre de gran virtud, arzobispo de Seleucia, el cual, como se desvelaba por su rebaño, era tenido por el mas fuerte defensor de la fé cristiana; y así, para perderle, representaron á Sapor, que estaba en correspondencia con el emperador romano y le descubria los negocios mas interesantes de la Persia. Dió Sapor crédito á esta impostura, y mirando á Simeon como enemigo suyo, resolvió esterminarle del reino á él y á todos los cristianos. Ante todo les privó de todos sus bienes, pero viendo que lo sufrían todo con paciencia, mandó que todos los sacerdotes y demas ministros de la Iglesia, si no abandonaban á Jesucristo, fuesen decapitados, ordenando interinamente que fuesen derribadas todas las iglesias de los cristianos.

2. Hizo despues encarcelar al santo obispo, y puesto S. Simeon á su presencia, para que no pareciese que pedia gracia por el delito de haber defendido la religion cristiana, no quiso postrarse segun la costumbre de los Persas, y como habia hecho ya muchas veces antes. Ofendido de esto Sapor le preguntó porque le negaba el respeto que le debia. Respondió el Santo: — Las otras veces que yo he venido á vuestra presencia, no me conducian aquí para hacer traicion á mi verdadero Dios, y no rehusaba entonces daros los honores de costumbre; mas ahora no puedo hacerlo, porque vengo á defender el honor de Dios y de mi religion. — El emperador le exhortó que adorase el sol, prometiéndole si obedecia grandes dones y honores, y amenazándole si resistia, con hacerle morir y espulsar todos los cristianos de su reino. Respondió S. Simeon, que no podia adorar el

sol, y ser traidor á su religion, por lo cual el emperador le hizo prender, esperando que la cárcel le haria mudar de sentimientos.

3. Mientras iba el Santo á la cárcel, un viejo eunuco llamado Ustazade, superintendente de la casa real, viéndole pasar, y que le llevaban preso, se postró delante de él; mas el Santo, despreciando aquel obsequio del eunuco, y volviendo la cara á la otra parte le reprendió porque, siendo cristiano, habia adorado el sol. A esta acriminacion, el eunuco se puso á llorar amargamente, y despojándose del vestido blanco que llevaba, tomó otro negro en señal de luto. Y así vestido se sentó frente el palacio, y deshaciéndose en lágrimas, decia: — ¡Desdichado de mí! ¿qué debo esperar de aquel Dios de quien he renegado, si mi amigo Simeon me trata con tanta aspereza á causa de mi delito, y aparta de mí la cara?

4. Sabiendo Sapor la afliccion del eunuco, le hizo comparecer, y le preguntó si le habia sucedido alguna desgracia, el cual le contestó: — ¡Ah! ¡pluguiera á Dios que hubiesen caido sobre mí todas las desgracias, y no la que causa mi dolor! lloro porque vivo todavía, y no morí antes, y vuelvo á mirar aquel sol que adoré para no disgustaros. Merezco doble muerte: una por haber hecho traicion á Jesucristo y otra por haberos engañado. — Y juró despues que de allí en adelante no seria mas traidor á su Dios. Enfurecido el rey por estas palabras, creyendo que los cristianos le hubiesen trastornado el cerebro, juró hacerles morir á todos; mas compadecido de aquel pobre viejo, apuró todos los esfuerzos para ganarle. Ustazade empero dijo que en adelante no seria jamás tan insensato de dar á la cria-

tura el culto debido solamente al Criador. Viendo pues Sapor su constancia, mandó que fuese decapitado. Mientras el viejo caminaba á la muerte, hizo llamar á otro eunuco amigo suyo y le rogó que dijese de su parte á Sapor, que en recompensa de todos los servicios que le habia prestado, al tiempo de su suplicio mandase publicar por un pregonero, que él no moria por delito alguno sino solo por ser cristiano, y por haberse denegado á renegar de su Dios. Y Sapor condescendió con esta solicitud á fin de aterrar á los cristianos, mostrándoles que no perdonaba ni aun á aquel viejo que le habia tan bien servido.

5. Despues de esto Sapor, acordándose de S. Simeon probó de nuevo ganarle por todas las vias; mas viendo por fin que todo era inútil, mandó que le decapitasen. Y antes de ejecutar la sentencia contra el Santo, para atemorizarle, hizo á sus ojos cortar la cabeza á cien cristianos; y S. Simeon, en vez de cobrar temor alguno, se puso á dar ánimo á aquellos fieles, representándoles cuanta fuese la dicha de dar la vida por Jesucristo para conquistar la vida eterna. Una vez decapitados aquellos cien mártires, fué cortada la cabeza á S. Simeon en el dia de viernes santo, en el cual unió su muerte con la de Jesucristo.

6. Junto con el Santo fueron tambien decapitados dos ancianos sacerdotes de su Iglesia, Ananías y Abdecala. Estaba presente á su muerte un cierto hombre llamado Pusico, superintendente de los artifices del rey; y viendo que Ananías temblaba al inclinar la cabeza para recibir el golpe, le dijo: — Padre, cerrad los ojos por un momento, que presto vereis la luz de Jesucristo. — Estas palabras descubrieron que Pusico era cristia-

no; por lo que, fué preso al momento, y conducido á la presencia del rey, al cual dijo que él era tambien cristiano, y se atrevió á echarle en cara la crueldad que el emperador ejercia contra los fieles. Ofendido Sapor de este reproche le hizo al instante morir de un modo nuevo y muy atroz, pues le hizo arrancar la lengua, no por la boca, sino abriéndole el gaxnate. Hizo tambien prender y ajusticiar una hija suya vírgen que se habia consagrado á Dios. Todos estos santos mártires murieron sobre el año 544. Su martirio se halla en el libro 2º de la Historia eclesiástica de Sozomeno, autor contemporáneo, y lo confirma tambien Ruinart.

§ XXXIX.

S. LUCIO Y SUS COMPAÑEROS.

1. La historia de estos santos se compone parte de una carta escrita por los mismos mártires, y parte de lo que escribió de ellos un cristiano, testimonio ocular de su martirio. Partieron del Africa en el año 158, ardiendo la persecucion del emperador Valeriano. Despues de la muerte de Valerio Máximo gobernador del Africa, el presidente de la provincia que mandaba hasta la llegada del nuevo gobernador, hizo arrestar á Lucio, Montano, Fluviano, Juliano, Victor, Primolo, Remo, y Donaciano, todos cristianos, discípulos de san Cipriano; pero Primo y Donaciano eran todavia catecúmenos. La siguiente carta de los mismos santos mártires (que ponemos aquí en extracto) dice así: — Despues que fuimos arrestados, se nos condujo á los oficiales del cuartel, y de allí á la prision, cuyo horror é inmundicia le-

jos de aterrarnos nos alegró, como si hubiésemos entrado en un cielo. Allí nos vinieron á visitar nuestros hermanos en Jesucristo, que con sus palabras y consuelos nos hacian olvidar las penas que estábamos sufriendo. Despues nos condujeron al presidente, el cual, sin examinarnos por entonces, nos volvió otra vez á la cárcel, en la que sufrimos mucho por el hambre y por la sed, pues hasta á los enfermos se les negaba un pequeño vaso de agua fresca; pero el Señor, no dejaba de dulcificar aquellas angustias con sus celestiales consuelos.

2. Fueron los santos mártires detenidos en aquella prision muchos meses mas, en cuyo tiempo murieron dos de ellos, el uno despues de haber recibido el bautismo, y el otro antes de recibirle, pero despues de haber confesado á Jesucristo. Fueron en seguida presentados al gobernador, ante el cual, los parientes y amigos de Fluviano, para salvarle la vida, dijeron que él no era diácono, como habia confesado, pues para los seculares no habia la pena de muerte. Fué pues vuelto á enviar á la cárcel, y los otros fueron condenados, y caminaban muy alegres al suplicio. Lucio, porque estaba enfermo, y temia que, oprimido por la multitud, no pudiese obtener el honor de derramar su sangre junto con los otros por Jesucristo, se hizo conducir primero que ellos al lugar del suplicio. Los que le acompañaban, le decian: — Lucio, acuérdate de nosotros. — Y él respondia por humildad: — Y vosotros acordaos tambien de mí.

3. Montano, estando próximo al suplicio, repetia en alta voz: — El que sacrifica á otros dioses fuera del Dios verdadero, será esterminado por el Señor. — Ex-

hortaba tambien á los hereges que volviesen á la Iglesia, diciendo que debian reconocerla por verdadera, á lo menos por tantos mártires como por ella habian dado la vida. Rogaba á los pecadores que hiciesen penitencia; y á los otros que se mantuviesen firmes, inculcando finalmente á todos la observancia de los divinos preceptos. Antes de recibir el golpe mortal levantó las manos al cielo, y rogó á Dios que Fluviano le siguiera al tercer dia, como en efecto le siguió, y como si estuviera cierto de la gracia, partió el pañuelo que tenia para vendarse los ojos, diciendo que la otra parte la reservaba para Fluviano, y así consumó su martirio.

4. Entre tanto Fluviano, mientras era conducido á la cárcel, estaba afligidísimo de verse separado de sus hermanos que ya morian por Jesucristo, y se consolaba solo con la voluntad de Dios, que así lo disponia; y su madre, que estaba tambien afligida por ver que su hijo no recibia el martirio como los demas, procuró consolarle lo mejor que pudo. Mas llegado á la cárcel confiaba en la oracion que habia hecho por él Montano, de morir al tercer dia despues de la muerte de este, y se consoló. Y llegado el tercer dia el gobernador le hizo presentar de nuevo. Mientras le conducian, algunos paganos que habian sido amigos suyos le rogaron que sacrificase á los dioses, diciendo que era una locura el preferir la muerte á la presente vida. Respondió Fluviano que aun cuando no estuviéramos obligados á venerar al Señor que nos ha criado, y aunque no hubiese señalado premio para los que le son fieles, seria una vileza el adorar por dioses maderos y piedras. Preguntóle el gobernador porque decia ser diácono si no lo era, y respondió que él confesaba la verdad. El pueblo, que

por este medio deseaba salvarle la vida pidió que fuese puesto en tortura para que dijese la verdad; mas el gobernador pronunció contra él la sentencia de muerte. Mientras caminaba al suplicio, sobrevino una lluvia copiosa, por cuya causa el mártir retirado á un albergue tuvo la proporción de hablar y despedirse de sus hermanos en Jesucristo que le acompañaban. Y llegado al lugar de la ejecución les encargó que conservasen entre ellos la paz, y después de haber hablado, se vendó los ojos con la mitad del pañuelo que habia dejado Montano, y puesto de rodillas, y haciendo oración, recibió el golpe, consumando así su martirio.

§ XL.

LOS SANTOS EPIPODIO Y ALEJANDRO.

1. Era Epipodio natural de Lion y Alejandro, griego de origen, y entrambos de ilustres familias. Habian los dos contraído desde su juventud en las escuelas la mas estrecha amistad, que habia crecido siempre con el ejercicio de las virtudes que practicaban en la religion cristiana, en la que habian sido educados. Hallábanse estos dos santos en la flor de sus años, y libres de las trabas del matrimonio, cuando mas sangrienta ardia la persecucion del emperador Marco Aurelio contra los cristianos, especialmente en Lion, donde fué tal el destrozamiento de fieles, que los gentiles creyeron haber acabado allí con la religion cristiana.

2. En este tiempo Epipodio y Alejandro por traicion de un doméstico fueron denunciados como cristianos al presidente, el cual mandó que fuesen presos. Mas ha-

biendo ellos sabido esta orden, segun el consejo evangélico, dejaron la ciudad, y se refugiaron á una choza de una pobre viuda cristiana de una aldea, en donde estuvieron escondidos por algun tiempo. De improviso, empero, fueron un dia hallados y presos, y después de tres dias, maniatados, fueron llevados al presidente al cual confesaron desde luego ser cristianos. Clamaron al punto los idólatras que fuesen martirizados, y el juez empezó diciéndoles: — ¿Con que todavía dura la obstinacion de los cristianos en despreciar los dioses y los edictos de los príncipes? Hemos castigado con la muerte á todos estos temerarios, dejando sus cuerpos sepultados, ¿y todavía se habla de Cristo? ¿Qué audacia es la vuestra en querer profesar una religion vedada por los emperadores! Mas presto pagareis el atrevimiento.

3. Mandó conducir á Alejandro á la cárcel, é hizo quedar á Epipodio, á quien por ser mas jóven creyó mas fácil de pervertir. Hablóle primero con agrado, diciéndole: — Es una lástima que siendo tú tan jóven quieras perecer, perseverando en esta falsa secta. Nosotros adoramos los dioses que son adorados por todos los pueblos, y en especial por nuestros príncipes. El culto que les damos, nos hace llevar una vida alegre, llena de juegos y de placeres; pero vosotros, cristianos, adoráis á un hombre crucificado, que se complace en ver á sus secuaces afligidos con la penitencia y alejados de los placeres. ¿Y qué bienes puede dar á sus servidores un hombre, que no pudo defenderse de la muerte que le dieron los judíos? Deja, hijo mio, esta secta, y goza de los placeres que nosotros estamos gozando. — Respondió Epipodio: — La piedad que de mí mostrais tener es una verdadera crueldad. Pues el vivir como vi-

vis vosotros, es lo mismo que morir eternamente, cuando por el contrario, el morir siguiendo á Jesucristo, es el mayor bien que puede desearse. Vos sabéis que Cristo murió crucificado, mas no sabéis que resucitó, siendo Dios y hombre, y que así abrió la senda á sus siervos para conducirlos despues de esta breve y miserable vida á reinar en el cielo eternamente. Vosotros no penetráis la verdad de la fé cristiana, pero bien podeis conocer que los placeres del cuerpo no pueden satisfacer el alma, la cual es criada por Dios para la vida eterna. Nosotros negamos al cuerpo los deleites de la tierra, para salvar al alma que es eterna. Creéis vosotros que todo acaba con la vida presente, pero nosotros estamos en la creencia que al terminar la vida presente, tan llena de miserias, pasamos á gozar de una vida feliz que no acabará jamás.

4. El presidente, aunque algun tanto conmovido por aquel discurso, llevado todavía de su rabia, mandó á sus ministros que hiriesen á puñadas la boca del Santo, pero el Santo con la boca chorreando sangre, dijo aun con valor: — Confieso que Cristo con el Padre y el Espíritu Santo son un solo y verdadero Dios, y es muy justo que yo entregue mi alma al que la crió y redimió. Así, pues lejos de perder la vida, alcanzo otra mucho mas bella. Poco importa el modo como se destruya esta máquina de mi cuerpo, con tal que mi alma vaya al cielo, y vuelva á aquel que me la dió. — Así hablando S. Epipodio, por orden del juez fué puesto en el ecúleo, en el cual dos verdugos le dilaceraron los costados con uñas de hierro. Al mismo tiempo el pueblo pedia á grandes voces que se le entregase al Santo para hacerle morir apedreado: y temiendo el presidente que el pueblo fu-

rioso se lo quitase de las manos, con desprecio de su autoridad, le mandó decapitar al momento; y de este modo presto el santo jóven consiguió la corona.

5. Muerto S. Epipodio, el juez se hizo presentar á su compañero S. Alejandro, y le dijo: — En tu mano tienes todavía el evitar la muerte que á los otros se ha dado. Creo que tú solo has quedado de todos los cristianos: si quieres salvar tu vida preciso es que honres y sacrifiques á nuestros dioses. — Alejandro, que habia cobrado mas valor por el martirio de su amigo, respondió: — Gracias doy á Dios de que, al recordarme vos la muerte de mis hermanos, me confirmeis con su ejemplo en el deseo de imitarles. ¿Pensais tal vez que por ser muertos, murieron tambien sus almas? Nó: sabed, pues, que ahora están gozando del cielo. Os engañais, si creéis extinguir la fé cristiana, pues Dios la estableció de tal modo que con la muerte de los fieles se propaga mas. Los que creéis ahora haber sacado del mundo, gozan ahora los bienes del cielo, y los gozarán eternamente; pero vosotros con vuestros dioses sereis un dia arrojados al fuego del infierno á penar para siempre. Cristiano soy como mi querido hermano Epipodio, que reina en el cielo; haced pues de mi cuerpo lo que os guste, pues mi alma será acogida por aquel mismo Dios que me la dió.

6. A estas palabras indignado el presidente, mandó á tres verdugos que cruelmente azotasen al Santo, el cual, implorando el auxilio divino en aquellos atroces tormentos, los sufrió con la mayor constancia. Y viendo el Juez que á pesar de la horrible carnicería que habian hecho en el cuerpo del Santo, este no se rendia, preguntóle si estaba aun obstinado en su propósito?

Respondió Alejandro: — Nó, jamás cambiaré yo de propósito, pues Dios omnipotente es el que guarda mi voluntad, á diferencia de vuestros dioses, que no son otra cosa que demonios. — El presidente replicó diciendo: — Son tan locos los cristianos, que creen adquirirse gloria con sus penas; y así es necesario que este sea castigado como merece. — Y ordenó que al momento fuese puesto en cruz. Y en un mismo instante fué ejecutado, y Alejandro consumó su martirio; pues estaba su cuerpo tan atrocemente dilacerado, que se le veían las entrañas, y poco vivió en el patíbulo, volando á recibir el premio de sus padecimientos. Créese que el martirio de estos dos santos tuvo lugar en el mes de abril del año 178. Sus sagrados cuerpos fueron recogidos secretamente por los cristianos, y escondidos en un hoyo al pié de una colina, que despues se hizo célebre por los muchos milagros que se obraron en ocasion de una peste, que poco despues de la muerte de los Santos afligió la ciudad de Lion, como atestigua el autor de las actas, referidas tambien por Ruinar.

§ XLI.

• S. LEON.

1. En Pataro, ciudad de la Licia, celebrábase una fiesta en honor de cierto ídolo, á la cual muchos concurrieron, unos por gusto, otros por temor de un edicto que mandaba la asistencia de todos. S. Leon, que era buen cristiano, salió de la ciudad, y fué á hacer oracion en el lugar donde reposaban las reliquias de S. Paregorio que poco antes habia sufrido el martirio por la

fé. Mas regresado á su casa, se le apareció en sueños S. Paregorio, que, estando á la otra parte de un torrente, le invitaba á que se uniera con él.

2. Esta vision hizo concebir á S. Leon una viva esperanza del martirio, y como en los siguientes dias fuese á visitar de nuevo el sepulcro de S. Paregorio, pasando junto á un templo en donde ardian muchas lámparas en honor del ídolo de la Fortuna, movido de un particular impulso del Espíritu Santo, entró allí, y echó por tierra todas aquellas lámparas. Irritados los idólatras por el desprecio que de su ídolo se hacia, prorrumpieron contra él en altos gritos, de manera que noticioso de tal desórden el presidente que allí gobernaba, mandó que el Santo fuese preso y conducido á su presencia. Cuando tuvo delante á S. Leon, le acriminó el ultraje cometido contra los dioses celestes y contra las órdenes del soberano. Y el Santo, animado de su celo respondió: — Vos me hablais de los celestes dioses como si hubiese muchos; mas no hay sino un solo Dios y un solo Jesucristo Hijo suyo. ¿De qué servian pues las lámparas encendidas en torno de su simulacro? ¿Tienen acaso algun sentimiento estas estátuas de piedra ó de madera? Si conocierais al verdadero Dios, no dariais honor á estos falsos dioses. ¡Ah! dejad esa vana religion, adorad por vida vuestra á Jesucristo nuestro Criador y Salvador.

3. Respondióle el juez: — ¿Con que vos me exhortais á ser cristiano? Mejor será que os conformeis con lo que hacen los demas, si no quereis ser castigado por vuestra temeridad. — Y cobrando mayor ánimo, replicó entonces el Santo: — Ya veo la multitud de los que desprecian al verdadero Dios, y siguen el error; pero

yo soy cristiano, y he seguido los preceptos de los Apóstoles; si por esto merezco ser castigado, castigadme presto, pues pronto estoy á sufrir todas las penas para no hacerme esclavo del diablo. Hagan los otros lo que quieran, no pensando sino en la vida presente, y no en la futura, que se alcanza por medio de estas aflicciones transitorias; pues dice la Escritura ser estrecha la senda que conduce á la vida eterna. — Pues ya que la senda de los cristianos es angosta, replicó el juez, ateneos á la nuestra que es ancha y cómoda. — Respondió S. Leon: — He dicho que la senda es angosta, porque es preciso estar preparado á sufrir las angustias y persecuciones por la justicia; pero para quien la sigue es espaciosa, pues la hacen tal la fé y la esperanza en la eterna salud. El amor de la virtud hace suave lo que á vosotros tan áspero os parece, cuando al reves, la vida del vicio es en realidad angosta y conduce al precipicio eterno. — Este lenguaje no gustaba á los gentiles, y así gritaron que se hiciese callar á aquel impío que desacreditaba su religion. Por tanto, el juez dijo á S. Leon que se determinase á venerar sus dioses; mas el Santo respondió que esto era para él cosa imposible. Mandó pues entonces que san Leon fuese azotado, y mientras los verdugos se fatigaban en atormentarle, el Santo lo sufría todo sin lamentarse siquiera. Entre tanto el juez le amenazaba con mayores tormentos si no sacrificaba á los dioses. Y el Santo respondía: — Yo no conozco tales dioses, ni sacrificaré á ellos jamás. — A lo menos, replicó el tirano, confiesa que nuestros dioses son grandes, y yo tendré compasion de tu vejez. — Grandes son, respondió el Santo, para arruinar las almas que en ellos creen.

4. Enfurecido el juez, dijo: — Yo mandaré arrastrarte sobre las piedras y así morirás de dolor. — Y respondió el Santo: — Cualquier género de muerte me es apreciable, porque me conduce al cielo, y á aquella vida inmortal que Dios me dará al salir de este mundo, para que habite al lado de los santos. — El tirano siguió diciéndole que obedeciera, ó á lo menos confesase que los dioses salvan de la muerte. Y respondió. S. Leon: — Muy débiles me pareceis, cuando os contentais con amenazar, sin venir á los hechos. — Irritado hasta el pueblo con aquellas palabras, obligó al juez á pronunciar la sentencia, que el Santo fuese atado por los pies, y arrastrado por un torrente. Viéndose S. Leon tan próximo á cumplir su deseo de morir por Jesucristo, alzados los ojos al cielo, exclamó: — Gracias os doy, ó padre de Jesucristo mi Señor, por el favor que me concedeis de seguir presto á vuestro siervo Paregorio. Loado seais, pues así por medio del martirio recibo el remedio para curarme de mis culpas. Encomiendo mi alma en manos de vuestros ángeles, para que me libre para siempre del castigo preparado á los impíos. Os ruego por lo poco que me toca padecer, que tengais piedad de los que me atormentan, haciéndoles la gracia de reconoceros por Señor del mundo, ya que no quereis la muerte del pecador. Todo esto que sufro pues en nombre de Jesucristo, sea para vuestra mayor gloria en los siglos de los siglos. Así sea. — Y despues de esta última palabra en aquel suplicio, dió el espíritu á Dios, y fué á unirse con su san Paregorio, como habia deseado. Los verdugos arrojaron el cuerpo del Santo á un profundo barranco, para que se hiciera pedazos; mas despues, en una escavacion fué encontrado entero,

y á escepcion de las cicatrices de las heridas, con la faz alegre y risueña.

§ XLII.

S. BASILIO SACERDOTE

1. San Basilio era sacerdote de la ciudad de Ancira, en la Galacia, y en tiempo del emperador Constancio, defendió con firmeza la divinidad del Verbo contra los Arrianos, y así retrajo á muchas personas de aquella heregía. Muerto Constancio, le sucedió en el imperio el apóstata Juliano, el cual se empeñó en restablecer la idolatría, que estaba ya casi aniquilada. Entonces S. Basilio se opuso con todas sus fuerzas contra semejante impiedad, corriendo por todos los puntos de Ancira, exhortando las gentes á que huyesen de aquel error y despreciasen las promesas de Juliano, y añadiendo que el impío presto seria abatido. Con esto se concitó el odio de los idólatras que se unieron á los Arrianos para perseguirle; pero él intrépido en defender la fé de Jesucristo, viendo un dia ciertos gentiles que sacrificaban á los dioses, gritando y gimiendo rogó á Dios que confundiese aquellos pérfidos para que no pudieran seducir á ningun cristiano.

2. Oyendo los idólatras aquella súplica se enfurecieron contra él, y uno de ellos llamado Macario, le puso las manos sobre y le dijo: — ¿Y quien eres tú para turbar el pueblo y destruir el culto de los dioses? — No soy yo, respondió Basilio, sino el Dios del cielo, que con su virtud invisible destruirá vuestra falsa religion. — Mas furiosos aun aquellos idólatras le pren-

dieron y presentaron á Saturnino, gobernador de la provincia, diciendo: — Este hombre seduce al pueblo, y ha amenazado echar por tierra los altares de nuestros dioses. — Y Saturnino, dirigiéndosele, le preguntó: — ¿Quien eres que tanta osadía demuestras? — Respondió Basilio: — Yo soy cristiano, y esta es mi mayor gloria. — Si pues eres cristiano, replicó Saturnino, porqué no obras como cristiano? Y Basilio: — Razon teneis, un cristiano debe mostrarse tal en todas sus obras. — Saturnino, mudando de especie, continuó: — ¿Cómo sublevas la gente y blasfemas contra el emperador, en clase de secuaz de una religion falsa? — Y Basilio: — Yo no blasfemo contra el emperador ni contra su religion; lo que digo es que en el cielo hay un Señor á quien los cristianos reconocen por su único Dios, y puede destruir en un momento vuestro mentido culto. — Entonces le preguntó Saturnino, que podia decir contra la religion del emperador? Basilio iba á responder, pero Saturnino le interrumpió diciendo: — Sin necesidad de tantas palabras, se ha de obedecer al emperador. — Y Basilio: — Hasta ahora no he faltado en obedecer al emperador del cielo. — Saturnino: — ¿Quien es este emperador del cielo? — Y Basilio: — El que tiene en el cielo su inmortal morada, y lo ve todo, cuando vuestro emperador solo manda aquí en la tierra, y es un hombre como los demas, que está para comparecer luego en manos del monarca supremo.

3. Irritado el gobernador con aquella respuesta, mandó que Basilio fuese colgado en el aire, y que se le dilacerasen los costados. Puesto S. Basilio en aquel tormento, daba gracias por ello á Dios, y preguntándole Saturnino si desistia, dijo: — Toda mi confianza he